

EDITORIAL

SALUD MENTAL Y DESVERGÜENZA

En los últimos 10 o 15 años una ola de mal gusto y ramplonería invade los medios de comunicación, ofreciendo “basura” ávidamente tragada por un público sediento. En este tipo de programas se complementan *le voyeurisme* de quien lo presencia y el exhibicionismo de quien lo practica. Unos programas ofrecen porno duro. Otros muestran con deleite accidentes de tráfico, crímenes, incendios o humillaciones de voluntarios a los que se les hace pasar por pruebas indignas. En las últimas semanas, el pecho de la Jackson, la violencia del suplicio de Cristo en el film de Mel Gibson, la profanación de cadáveres en Irak o las espeluznantes escenas de la matanza de Madrid, provocan reflexiones sobre el impudor y sus posibles riesgos para la salud mental.

La palabra desvergüenza es utilizada las más de las veces con un significado negativo, indicando, por una parte, impertinencia, desaprensión, cinismo y, por otra, inmoralidad, procacidad, impudor. Los animales carecen de pudor, son, de alguna manera desvergonzados y la vergüenza es específicamente humana. Como dijo Charles Darwin, el enrojecimiento facial es un fenómeno que no puede ser excitado por medios físicos. Al revés, la risa que puede estimularse haciendo cosquillas en la planta de los pies. Sólo podemos hacer enrojecer, dijo Thomass Burgess., a un ser humano “apelando a su conciencia”.

El filósofo Gustavo Bueno ha intentado recientemente distinguir entre la basura “fabricada” que se produce adrede en los *reality shows* televisivos y que reprueba firmemente, y la basura “desvelada” que no hace sino mostrarnos los aspectos feos de la realidad existente, ratas, enfermedades, violencia. Piensa que la censura de esta última sería tratarnos como a niños y que, puesto que hay que convivir con lo hediondo, se ha de mostrar, aunque acompañándola de una dura crítica. No podemos compartir la opinión de este, por lo demás, gran pensador. El mostrar abiertamente las funciones corporales, estrictamente privadas (el defecar, las actividades sexuales, el dormir, el padecer dolores insufribles, el morir, la humillación) amenaza la dignidad del individuo.

La función de la vergüenza es preservar la dignidad del individuo y se ha materializado en la creación de tabúes protectores y mecanismos de ocultamiento y aislamiento en todas las sociedades. Cuando se rompen esas barreras las situaciones pueden resultar vergonzantes, desagradables, obscenas o pornográficas. La esfera privada es esencial para el mantenimiento y la mejoría del sí mismo y de la sociedad. Las relaciones que mantenemos con nuestras familias, nuestros amigos y nuestros amantes necesitan una privacidad. Sólo los regímenes totalitarios y las instituciones totales (prisiones, manicomios) no permiten ningún espacio privado.

Pero las anteriores consideraciones conciernen al mal gusto, a la grosería y no necesariamente a la salud mental. Sin embargo, también aparecen actitudes desvergonzadas en el curso de algunas enfermedades neuropsiquiátricas y de perversiones sexuales específicas como el exhibicionismo.

Por otra parte, tras la destrucción de las Torres Gemelas se vio que los niños que habían visto más escenas de la catástrofe en televisión presentaron más síntomas de estrés postraumático.

¿Cuál es el papel de los profesionales de la salud mental ante esta problemática?. La polémica hará correr sin duda mucha tinta en las publicaciones especializadas. Un artículo de José Guimón en este número de *Avances en salud Mental Relacional* intenta aclarar las consecuencias psíquicas de uno de los temas más candentes al respecto: la pornografía.
